

Es imposible entender lo que está pasando en el Concilio Ecuménico o lo que está ocurriendo en el ecumenismo y en el mundo de las religiones interrelacionadas, a no ser que hagamos un esfuerzo para comprender la situación contradictoria con que nos enfrentamos en la actualidad los que pertenecemos al mundo occidental y, en particular, los que profesamos alguna de las religiones occidentales.

Quizá ilustraré mejor el punto al que me refiero apelando a vuestra imaginación. Imaginemos que nos es posible reducir la población mundial de más de tres mil millones de almas a una ciudad de mil personas, guardando exactamente las proporciones en que la población mundial está dividida actualmente. En tal ciudad hipotética, de los mil habitantes, sólo 60 serían norteamericanos, sólo unos 330 de los 940 individuos restantes serían clasificados como cristianos y judíos. Por lo menos 80 personas serían comunistas practicantes y 370 estarían bajo dominio comunista. Casi la mitad debería catalogarse en alguna manera como comunista. La mitad de los habitantes del mundo reducido a nuestra ciudad imaginaria, ignoraría los nombres de Moisés y Jesús, mientras que más de la mitad habría oído hablar y continuaría oyendo hablar de Marx, Lenin, Stalin y Khrushchev.

Usando términos referidos al mundo real de los tres mil millones de habitantes del mundo de hoy, menos de mil millones son cristianos o judíos. Cada año nacen 22.000.000 de individuos en el mundo no cristiano; sólo nacen 8.000.000 en el mundo cristiano y judío. El crecimiento de la población en Asia tiene una tasa de 2,6 por ciento; en América La-

haciendo frente a las nuevas realidades de la era nuclear y espacial*

• RABBI MARC H. TANENBAUM

National Director, Department of Interreligious Affairs American Jewish Committee, New York City

* El siguiente artículo está preparado utilizando trozos de la conferencia pronunciada ante la "Sister Formation Conference Workshop" en la Universidad de Marquette, Milwaukee, Wisc., 14-15 de agosto de 1963.



tina es del 2,7 por ciento; en Europa septentrional y occidental es de 0,7 por ciento. En la situación actual del mundo, la comunidad de la Iglesia Católica romana representa el 18 por ciento del total de la población mundial. En el año 2000, teniendo en cuenta el ritmo actual de crecimiento de la población mundial, representará el 11 al 12 por ciento del total de la comunidad mundial. De esta manera, por primera vez desde el surgimiento del cristianismo como una comunidad religiosa establecida en el mundo occidental, la comunidad católica se encuentra ante la rara eventualidad de llegar a ser una comunidad minoritaria respecto del resto de la humanidad.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se han convertido en satélites comunistas catorce países que antes eran cristianos y con predominio católico. Unos 100.000.000 de cristianos viven actualmente bajo dominio comunista. Los más numerosos partidos comunistas que existen fuera de la Cortina de Hierro se encuentran en países de predominio católico, a saber Italia y Francia. Todos sabemos lo que ocurrió con Cuba y, gracias a Monseñor Illich y al Padre Houtart, sabemos algo acerca de las brechas abiertas por el comunismo en América Latina y de la amenaza que ellas representan. Ninguna de las naciones dominantes de hoy es católica, en contraste con el mundo de preguerra, en el cual el catolicismo era la mayor fuerza política en Francia, Italia, los Balcanes y en Europa en general —cuando Europa era la mayor fuerza del mundo de entonces—. No lo es más en la actualidad. (La lucha con de Gaulle consiste precisamente en reafirmar esa posición contra los arre-

glos que están haciendo la Unión Soviética y los Estados Unidos, evitando que Europa occidental sea un factor central, excepto para la NATO, a la cual, a su vez, se tilda de estar dominada por los norteamericanos).

Ahora bien, vuestro gran conductor, el difunto Papa Juan XXIII, de venerada memoria, como asimismo el Papa actual Paulo VI, han sabido reconocer estas nuevas realidades. Fue un rasgo de genio del Papa Juan el haberse negado a ignorar tales realidades. No solamente procuró reaccionar ante ellas y referirse a ellas, sino también tenerlas muy en cuenta. Y cada vez aparece más claramente que el Papa Paulo posee el mismo profundo entendimiento. Así encontramos, por ejemplo, en la composición de los Padres del Concilio que constituyen el cuerpo directivo del actual Concilio Ecuménico, una visión realmente interesante de la respuesta del Papa a esas nuevas realidades. Si comparamos el cuerpo directivo actual con el del Concilio Vaticano I (1869-1870), observamos que en el Concilio Vaticano I, como sabéis, los Padres conciliares procedentes de Europa constituían el 60 por ciento del total de la dirección del Concilio. En cambio, la dirección en el Concilio Vaticano II está constituida sólo en un 38 por ciento por europeos, aun cuando el 47 por ciento de la población católica romana habite en Europa. Entre los cerca de 2.300 obispos del Concilio Vaticano II, hay 977 de América, 360 de Asia y 296 de África. Estados Unidos está representado por 240 obispos, incluyendo los cinco cardenales, lo cual representa casi el 10 por ciento de la dirección del Concilio. Sesenta y tres obispos americanos ocupan puestos importantes en el trabajo

previsto por la agenda del Concilio, mientras que en el Concilio Vaticano I sólo 47 provenían de América y representaban el 6 por ciento del número total de los Padres conciliares, que fueron 744 entonces. Sólo un obispo americano trabajó en la agenda del Vaticano I. El reconocimiento del papel de la Iglesia americana en los asuntos de la Iglesia universal es evidentemente de mucha importancia, y volveré sobre ello más tarde.

El aspecto que destaco aquí es que existe el reconocimiento de esos cambios radicales de la situación mundial por parte de las autoridades máximas de la Iglesia Católica, por Su Santidad el Papa Juan XXIII y actualmente por el Papa Paulo VI, quien comparte el punto de vista del *aperturismo* ("abertura" a la nueva situación mundial). En la Iglesia hay una profunda conciencia de esos desafíos del crecimiento de la población, los cambios demográficos, la difusión del comunismo, el reconocimiento de lo que está ocurriendo en Asia, Africa y América Latina y de las correspondientes revoluciones económica, social y política presentes en esas zonas.

Permitid que me refiera a otro aspecto de esta situación cambiante en relación con el problema de la libertad religiosa, del pluralismo y de los problemas de las relaciones entre grupos. Como todos sabéis la revolución a la que asistimos en Asia, Africa y América Latina ha estado basada, en gran medida, en el rechazo del colonialismo y del imperialismo del hombre blanco, que durante largo tiempo dominó esas partes del mundo. No es que esas relaciones no hayan tenido algún beneficio, pero atendiendo a la mentalidad del africano negro y del

asiático de color, su dignidad humana reclamó la desaparición del colonialismo. Hay 242.000.000 de africanos; de ellos 160.000.000 están clasificados como animistas, 89.000.000 son musulmanes, 35 millones son cristianos. De éstos 35 millones, 23.000.000 son católicos romanos, 7.000.000 son protestantes y 5.000.000 ortodoxos orientales. Los judíos están comprendidos de diversas maneras en Asia y Africa por la actividad del Estado de Israel, que está llevando a cabo un importante programa de asistencia técnica. Aun cuando por su número los cristianos y otros occidentales no representan una amenaza para la prosecución de la independencia de esos países —excepto Portugal, que está pasando por su última etapa de colonialismo—; sin embargo, la mentalidad del nacionalista africano de hoy exige alejar al hombre blanco del Africa Negra. En este proceso de separación del "imperialista" mundo occidental, han considerado al cristianismo y, en cierta medida, a los israelíes como auxiliares del mundo "occidental-imperialista-colonialista". El cristianismo ha sido considerado, como vosotros lo sabéis mejor, como la religión del hombre blanco. Hemos experimentado lo que esto significa considerando la profundidad del sentimiento de africanos y asiáticos; en el Congo ocurrieron brutales y salvajes matanzas de hombres blancos que habían venido a prestar ayuda. Sabéis lo que está ocurriendo en Sudán, Haití y otros países.

RESPETANDO LA DIGNIDAD HUMANA

Además del naciente nacionalismo, el gran desafío que nos hace frente a todos

nosotros es el hecho de que el hombre blanco ha conseguido encontrar nuevas maneras de contemplar a esos pueblos como ellos desean ser contemplados, esto es, en función de su dignidad humana. Ha habido, vosotros lo sabéis mejor que yo, un tremendo desafío a la empresa misional de vuestras Iglesias, tanto católica como protestante y ortodoxa. Existe un renacimiento de las religiones orientales, a las que dos decenios atrás habíamos descartado como moribundas. En Africa y Asia actualmente el Islam cuenta 430.000.000 de adherentes. Hay 153 millones de budistas, 330.000.000 de hindúes y 300.000.000 de confucionistas. Sólo el Islam realiza la empresa misionera de mayor impulso en Africa negra. Cada embajada egipcia en Africa tiene, aparte del agregado económico y el cultural, un agregado para asuntos islámicos cuya responsabilidad consiste en hacer prosélitos. Sea el motivo nacionalista, político o genuinamente religioso, queda en pie el hecho de que el Islam convierte tres negres africanos por cada convertido que consiguen actualmente el catolicismo y el protestantismo. No digo que la situación no vaya a cambiar. Estas son las realidades actuales. Nuevamente fue un rasgo de genio de la Iglesia bajo la dirección del Papa Juan en particular, si bien muchas cosas fueron previstas por su predecesor, el que se creara en Africa el clero nativo con un Cardenal negro, con un gran número de obispos nativos y 2.000 sacerdotes de color. Esta es una parte del reconocimiento de las nuevas realidades que se está verificando en los más altos niveles de la Iglesia.

Aparte el desafío del comunismo, del naciente nacionalismo, del renacimiento

de las religiones de Africa y Asia, está el conflicto de Iglesia y Estado. De manera general, las comunidades religiosas occidentales en Asia y Africa son comunidades ignoradas, toleradas y de segunda categoría. Es lo que encontramos, por ejemplo, en Malasia, donde la religión del Estado, el Islam, ha prohibido la enseñanza y el uso de la radio-telefonía para fines evangélicos a las comunidades religiosas no islámicas. En Nepal se permitió a los misioneros metodistas abrir un hospital a condición de que prometieran no evangelizar y entregar el equipo al gobierno dentro de cinco años, si así lo deseara. En Tailandia, los 30.000 protestantes apenas crecen en medio de los 23 millones de habitantes. Se ha dicho que el primer tailandés de sangre pura fue bautizado después de 31 años de labor misionera protestante. Gran parte de la obra misionera es considerada como cristianismo "de arroz": cuando el arroz deja de llegar de manos cristianas, los nativos dejan de ser cristianos. En Burina, el budismo es la religión del Estado, y el ex presidente U Nhu ha dicho que los cristianos han fracasado en su intento de establecer la paz y la armonía; por lo tanto, el budismo es la única esperanza de salvación y paz. Tanto musulmanes como cristianos han protestado contra el establecimiento del budismo como religión del Estado. En Kerala, India, en que predominan los católicos, las escuelas fueron puestas por un espacio de tiempo bajo el control del Estado por los comunistas cuando éstos llegaron al gobierno en 1957, y, que yo sepa, esa ley no fue derogada. Acabo de ver un informe sobre Ceilán, llegado la semana pasada, según el cual las religiosas enfermeras católicas fueron retiradas de un hospital

de acuerdo con una orden del gobierno que daba por concluida la labor de las hermanas en institutos estatales en esa isla en que predominan los budistas. Las 2.500 escuelas católicas y protestantes que prestaban servicio a una población de 140.000 personas fueron tomadas por el gobierno de Ceilán. En Indonesia, todos los maestros y sacerdotes holandeses fueron expulsados por el gobierno, y Sukarno impidió hasta ahora que los extremistas convirtieran al Islam en religión del Estado. De manera general, las antiguas iglesias del Oriente Medio están moribundas; son ciudadanos de segunda categoría. En la mayor parte de los países árabes, en particular en Irak y Egipto, no se permite a las Iglesias conservar abiertas sus escuelas, a menos que autoricen en ellas la enseñanza del Corán por un maestro musulmán. Lo que está ocurriendo en Vietnam del Sur —que es tan terriblemente complicado— es un indicio de lo que nos espera respecto de las relaciones mutuas entre la suerte de los grupos religiosos en Asia y Africa y nuestra parte del mundo. Un ministro bien intencionado me pedía hace poco que agregara mi firma en una carta para el *New York Times* "protestando contra la opresión de los budistas por parte de la Iglesia Católica" en Vietnam del Sur. Me negué. Le dije a mi amigo: "No creo que sepamos lo que está ocurriendo realmente en ese país, en una situación tan complicada. Usted toma como voz oficial de la Iglesia la afirmación del Premier, que resulta ser católico. El Premier piensa, al parecer, que para ser católico debe ser medievalista. Yo pienso que la auténtica voz de la Iglesia es la reflejada en la afirmación del arzobispo de Saigón, quien dijo, se-

gún el espíritu de la *Pacem in terris* a la que se refirió, que debemos reconocer la libertad de conciencia de todos los hombres de buena voluntad y de honradez activa. Es esta tendencia a reaccionar impulsivamente ante tales situaciones lo que nos lleva a fomentar prejuicios latentes que nos impiden ver la situación y entenderla tal como es".

América Latina es otro ejemplo que hace al caso. De manera general, el norteamericano común cree que América Latina es católica romana. Sus habitantes son religiosos, piadosos y, por tanto, según la opinión popular, están a la larga "salvados para la democracia". Pero de pronto estalla Cuba y los norteamericanos sufren un trauma. La explicación es sencilla: no estaban preparados para conocer los hechos reales en esos países, como lo han demostrado tan hábilmente en sus conferencias Monseñor Illich y el Padre Houtart.

Estos problemas latinoamericanos actualmente son considerados en vuestra Iglesia con claridad creciente y es de esperar, sin que sea aún demasiado tarde. Una declaración sobre el "Plan del Papa para América Latina", aparecida en el *Catholic World*, informe de CELAM, Conferencia Episcopal Latinoamericana, expone con franqueza la situación de 190.000.000 de almas. Ese informe afirma que no sale de lo común encontrar casos en que el 60 ó 70 por ciento de las parejas no están unidas por el matrimonio religioso. Algunos que se dicen católicos ni siquiera han sido bautizados. Hay un sacerdote por cada cinco mil habitantes, mientras que en los Estados Unidos hay uno por cada setecientos u ochocientos católicos. En una reciente encues-

ta en Chile, el 60 por ciento de los hombres estaban a favor del aborto. La población de América Latina está creciendo con mayor rapidez que cualquier otro continente del mundo.

Estos son hechos lamentables, y tal vez resulta difícil asimilarlos porque los expone un rabino judío. Pero permitidme decirlos, amigos míos, que a menos que el pueblo norteamericano sea llevado de alguna manera a reconocer estas nuevas realidades y el hecho de que la suerte del mundo occidental como comunidad libre y democrática está en peligro y que se requiere una pronta reforma social de carácter masivo, veremos multiplicarse las Cubas a través de toda América Latina. Y aquí no hay alternativa. No hay alternativa para mí, judío y rabino. Esta es la razón por la cual yo como judío me agregué al comité interconfesional conocido como "Inter-American Literacy Foundation" (Fundación interamericana para la alfabetización), creado hace unos años para apoyar la obra de Monseñor Salcedo en Colombia. Dicho Monseñor vio el problema hace años y se entregó con entera dedicación a la tarea de adquirir radios baratas de transistores, que él y sus ayudantes llevaron a las colinas de Colombia para enseñar a los campesinos a leer y escribir. Ante todo procuró cambiar la actitud de los campesinos apartándolos de su condición regresiva, pasiva y resignada respecto de su pobreza y miseria —cosa que los convertía en fácil presa de los hidalgos comunistas— y conduciéndolos a una activa preparación para el mundo nuevo que está naciendo para ellos. *¿Por qué protestantes y judíos estamos colaborando con Monseñor Salcedo y con otros esfuerzos seme-*

jantes? Porque procuramos salvar vidas humanas. Procuramos honrar la dignidad de la gente, gente creada a la imagen de Dios, cuya diinidad será destruida por sistemas no democráticos.

Este reconocimiento de tales arduos hechos de nuestro mundo nuevo —como lo hemos dicho— se va abriendo paso en los más altos niveles de la Iglesia. Pero hasta ahora no ocurre esto, a mi juicio, en la medida de una penetración significativa en la vida de la Iglesia en el nivel parroquial. Mucho católicos que yo conozco afirman que si bien ha habido un enorme cambio en la actitud respecto de la vida en común, con otros grupos, respecto de abandonar los ghettos parroquiales, de manifestar abierta y libremente las virtudes básicas del amor y de la caridad para con sus prójimos; sin embargo muchos lo hacen todavía más como patriotas que como católicos. Muchos católicos —como muchos de sus compañeros protestantes y judíos— son estrechos de miras, localistas; se abren fácilmente a interpretaciones demagógicas de las Naciones Unidas y de las relaciones entre Este y Oeste. Demasiados todavía piensan que la ley de Ayuda Exterior es la manifestación de un favoritismo que hace caso omiso del bien general. No son capaces de ir al Capitolio a molestar a los parlamentarios y decirles que aquello es algo que exigen como norteamericanos y como cristianos. No admiten un tipo de legislación que permita a Estados Unidos tener una política flexible capaz de adaptarse a las nuevas realidades. Se podría tener la impresión de que ser católico significa solamente ser devoto, piadoso, preocuparse de su propia alma;

que los asuntos de orden social deberían ser subvencionados...

A la vez que advertimos que constituimos una comunidad minoritaria en relación con el resto del mundo, experimentamos en nuestro país un crecimiento y vigor sin precedentes en cuanto tradición religiosa mayoritaria. Actualmente, las iglesias y sinagogas norteamericanas, como sabéis, han alcanzado el mayor nivel de crecimiento, las más altas tasas de contribución per cápita, los más amplios planes de construcción, los programas de bienestar social más cuidadosamente desarrollados. Este crecimiento se ha realizado en una sociedad libre, voluntaria, pluralista, y no en un orden confesional de Iglesia de Estado. Pero este verdadero crecimiento y este verdadero vigor han proporcionado a muchos católicos —como a otros norteamericanos— una visión del mundo “de aristas suavizadas”.

De muchas maneras Estados Unidos es considerado como una “fortaleza” aislada del resto del mundo “extraño”. Me atrevería a decir que muchos piensan que Dios es el primero de nuestros Padres Fundadores.

Vivimos en un mundo interdependiente. Eso es lo que nos ha dicho el Papa Juan en “*Mater et Magistra*” y “*Pacem in terris*”. Vivimos cada vez más en un mundo que se acerca a la visión de la Biblia y de los profetas, más de lo que considerábamos posible. La idea de una familia humana común, una humanidad, una comunidad de hermanos y hermanas, está más cerca de su realización que jamás en otro tiempo, gracias a las comunicaciones, transportes, movilidad y otros muchos factores. La lógica de esta situa-

ción nos enfrenta con la conclusión ineludible de que el mundo no podrá tolerar por más tiempo una doble pauta en las relaciones humanas. Los derechos que reclamamos para nuestro grupo, cuando somos minoría, nos obligan a asegurar esos mismos derechos a otro grupo cuando nosotros somos mayoría, o sea —con toda franqueza y claridad—, la comunidad mundial no puede tolerar por más tiempo que judíos en Israel se conduzcan de manera intolerante con los misioneros cristianos, ni que católicos ejerzan opresión sobre protestantes y judíos en España, ni que protestantes persigan a católicos en Suecia y Suiza (donde acababan de derogar una ley que perduró en los libros por centenares de años y no permitía la entrada de los jesuitas en el país). Nuestras acciones y nuestras actitudes hoy en día tienen repercusión y resonancia en todas partes. Dondequiera que se cometa una ofensa contra la conciencia y la dignidad humanas, todos nosotros somos culpables. Cuando los veintitrés cristianos evangélicos, cuya actitud respecto de los judíos no es muy culta, fueron oprimidos por los rusos en Moscú, el comité judío norteamericano envió un cablegrama de protesta al Departamento de Estado norteamericano, ya que la persecución religiosa de los cristianos evangélicos es de la misma índole que la persecución de los diez millones de católicos y de los tres millones de judíos en la Unión Soviética. En la medida en que reconocemos que tenemos intereses comunes para preservar la fe, aunque no para borrar las diferencias de fe, en esa medida llevaremos a la realidad todos los principios e instrucciones que animan a la *Pacem in terris* y a la *Mater et Magistra*: la fuerza de la dignidad humana,

la libertad de la conciencia humana y la dependencia mutua de la familia humana.

¿Qué significado tiene lo dicho para la "Sister Formation Conference" y vuestra responsabilidad? No me corresponde arrogarme la misión de deciros que lo expresado debería implicar cursos especiales de relaciones entre grupos, seminarios para entrenamiento de maestros o preparación de materiales suplementarios como un "Manual de relaciones entre grupos", aún cuando opino que todo ello podría estar en su lugar. Creo que lo decisivo es la necesidad de enfrentarnos con el hecho de que todos tenemos problemas de actitudes, puntos de vista y orientaciones los unos respecto de los otros. Permitidme que os ofrezca algunas ilustraciones. (Espero tratar de ello más específicamente y con más detalle en mi segundo artículo "Reexamen ecuménico de las relaciones cristiano-judías").

Creo que existe confusión en la comunidad católica, especialmente entre los jóvenes, acerca de cómo convivir con los no católicos en una sociedad pluralista. *Existe una confusión que nace de una aparente contradicción entre el hecho de ser miembro de la Iglesia católica y procurar convivir con personas que no pertenecen a la Iglesia. Creo que la responsabilidad nos obliga a examinar este problema. A mi juicio, existe actualmente una teología del pluralismo, una teología de las relaciones entre grupos y me permito decir que tal teología está afirmada en la Pacem in terris. Creo que si hubiera cursos de estudios basados en la Pacem in terris con miras a esos problemas específicos, se prestaría un gran servicio en la preparación de los jóvenes para este nue-*

vo mundo. Es importante que los jóvenes comprendan la necesidad de acercarse a otras personas no mediante abstracciones ni vaguedades sobre la dignidad humana, sino preparados para ser capaces de aceptar con amor la realidad concreta, la particularidad concreta de otra persona tal como él o ella es. La mayoría está en favor de los derechos civiles y de conceder a los negros sus derechos naturales, pero el escándalo penoso que atravesamos indica cuán grande es el abismo que media entre nuestras profesiones de amor y caridad y nuestra práctica de esas virtudes en situaciones de la vida real.

Todos vosotros sabréis, espero, algo acerca de la histórica conferencia nacional sobre religión y raza realizada en enero pasado en Chicago. Esa conferencia nos ofrece muchas lecciones. Primero, señala qué poderoso impulso para el bien puede dar el apostolado laico efectivo, ya que la conferencia comenzó como la idea de un laico católico, el capaz Mathew Ahmann, director ejecutivo del "National Catholic Conference for Interracial Justice" (Conferencia Nacional Católica para la Justicia Interracial). Segundo, demostró cuán poderosas energías para la justicia social pueden desplegarse cuando hombres de buena voluntad —católicos, protestantes y judíos— juntan sus manos en pro de una causa común. (Ningún delegado a esa conferencia podrá olvidar jamás la alocución de su eminencia el Cardenal Albert Meyer, quien declaró ante una sesión plenaria de cinco mil dirigentes religiosos que el problema racial requiere el máximo de cooperación interreligiosa. "Esto sólo podremos hacerlo juntos —dijo el Cardenal Meyer—, pues ninguno de nosotros pue-

de tratar este problema solo"). Tercero, la conferencia reveló cuán hondamente fracasaron los cristianos y los judíos blancos en entender la psicología y la condición existencial de los negros.

Me detendré un momento sobre este último punto, pues ilumina vivamente el más vasto problema de las actitudes personales respecto de los demás, que hemos mencionado. Uno de los principales factores en la crisis de los derechos civiles en la actualidad es el hecho de que el norteamericano común falla en la comprensión de sus sentimientos respecto del negro. Existe un modo caprichoso de entender nuestras relaciones entre negros y blancos, y la razón de ello reside en que nos falta la capacidad de penetrar espiritualmente, con "empatía", en la vida de otra persona. En lugar de introducir un contacto real, viviente, verdadera compasión, nos consideramos los unos a los otros como entidades míticas. Hay todo tipo de mitos acerca del negro. Es preciso examinarlos y superarlos. El negro necesita ser ayudado para progresar, pero es analfabeto: he aquí un primer mito. Pero jamás examinamos por qué es analfabeto. Es analfabeto porque hombres blancos --cristianos y judíos blancos-- en la década de 1800 promulgaron leyes que impedían que los negros aprendieran a leer y escribir. Los grandes plantadores argumentaban que si aprendían a leer dejarían de ser esclavos. Mito número dos: es preciso ayudar al desarrollo de la vida familiar del negro porque los negros no poseen estructura familiar. Se disgregan tan fácilmente; hay tanta inmoralidad entre ellos... Pero la vida familiar del negro es precaria y hay inmoralidad en la comunidad de los negros a

causa del sistema colonial creado por la sociedad blanca. Durante centenares de años los poderosos colonos alejaron a la madre negra de su propia familia y de sus hijos para emplearla en la crianza de los hijos ajenos. Un negro como esclavo costaba mil cuatrocientos dólares y más en los mercados de esclavos de Nueva Orleans, y comprar y vender familias de negros era un gran negocio. Mito número tres: el negro es indolente. Como esclavo, el negro era un trabajador forzado y con frecuencia era tratado como un ser infrahumano. ¿De dónde podría tener iniciativas y fuerzas?

Heinrich Heine dijo sobre la situación del judío en Occidente algo que puede aplicarse a la condición del negro: "Primero, lisiáis al judío y luego le culpáis de que cojee". Nosotros primero hemos lisiado al negro y luego le culpamos de que cojee... Nosotros los cristianos y los judíos, ¿con qué hemos contribuido a mejorar esa situación? Podemos, con conocimiento y comprensión, introducirnos en la situación de la otra persona y obrar de acuerdo con esa comprensión. Con amor podemos ayudarle a realizarse como persona y desarrollar sus aptitudes creadoras como hijo de Dios. Esto es lo que los Profetas nos prescriben. Los Profetas no solamente hablaron de las grandes causas. Hablaron también de amparar a la viuda y al huérfano. Hablaron del desamparado y hambriento. Sobre esto hablaron Amós, Isaías y Jeremías.

Así, pues, amigos míos, creo que aquí hemos dicho, sobre todo, una cosa; a saber: que hay que proclamar la necesidad de estrechar las manos, por penoso que sea el procedimiento, convencidos de que los hechos del mundo actual no son los

hechos del mundo de hace cien años, ni de hace veinticinco años, ni siquiera de una década atrás. El mundo de hoy no es el mundo de ayer. No podemos contemplar el presente a través del tiempo pasado. Hemos conseguido mirar estos hechos y estas nuevas realidades y responder a ellas abiertamente y con sana visión de las cosas. Además, si he dicho algo, es esto: la prueba de todas nuestras profesiones de fraternidad humana, de caridad humana, no está en lo que hacemos en relación con América Latina, Angola y el Congo, sino en lo que hacemos en las calles de nuestra propia ciudad, en relación con la puerta del vecino negro, la puerta del vecino protestante, del vecino católico, del judío vecino. Según el espíritu de la encíclica del Papa Juan, nuestro desafío es —y como judío y como rabino lo acepto y estoy dispuesto a responder junto con mi comunidad, que une sus manos a las vuestras en esta hora decisiva de la historia—: “Cada uno de nosotros debe enderezar sus esfuerzos no a lo que puede separar las mentes, sino a lo que puede unir las en la mutua comprensión y aprecio recíproco”. ♦

**La Iglesia es una comunidad jerárquica de hombres libres
donde el diálogo es un deber no menos que la obediencia**

Cardenal Léger